caballos: fuerzas á la verdad bastante escasas para merecer se haga mencion de ellas en la historia de parte alguna del globo, pero que, en América, á la epoca que nos ocupa eran de una importancia relativa, y decidia los destinos de los grandes imperios. Estos refuerzos permitieron al jeneral cumplir su promesa, y licenciar los soldados de Narvaez, que ya no querian servir mas. Entre ellos tuvo el sentimiento de contar á Andrés de Duero, al cual habia salvado la vida. Alvarado fué el encargado de conducirlos á Vera-Cruz, y presenciar su embarque. Despues de estas bajas, se vió todavía Cortés á la cabeza de quinientos cincuenta hombres de infantería, de los cuales habia ochenta armados de mosquetes ó arcabuces, y cuarenta caballos. Contaba nueve piezas de campaña y abundante cantidad de municiones. Con esta corta division, y diez mil Tlascaleños y otros Indios auxiliares se puso Cortés en marcha para Méjico en 28 de diciembre de 1520. Seis meses despues de su fatal retirada, impaciente de borrar su memoria con un gran triunfo, y dar en el Nuevo-Mundo un rico imperio á su patria.

Méjico estaba entónces en un estado respetable de defensa, y para hacer la aproximacion de enemigos mas insuperable, toda la ciencia estratejica de los Indios habia trabajado de consuno. En su jóven rey ponian sus habitantes una entera confianza, y este se mostraba superior á las graves circunstancias en que se hallaba colocado. Entregábase enteramente á los multiplicados trabajos con que intentaba salvar su pueblo, que fué á la sazon víctima de una enfermedad hasta entónces desconocida de los Americanos, las viruelas, comunicadas por un esclavo moro que hacia parte de la espedicion de Narvaez. La invasion de este terrible mal habia principiado por los estados de Chempoalla y Tlascala, causando infinitas víctimas antes de comunicarse á las tierras mejicanas. Cortés tuvo que llorar la muerte de su viejo y fiel amigo el príncipe Maxicatzin. Otros altos personajes perecieron tambien, y en los pueblos circunvecinos se contaban á millares las víctimas. Los que escapaban de la enfermedad eran un objeto de horror para sus compatriotas, tales eran las señales que quedaban marcadas en sus rostros, que apenas eran reconocidos. Era esta una triste novedad á que la vista on podia acostumbrarse. No fué menos mortífera tal epidemia en la ciudad de Méjico, y no se distrajeron los ánimos de tan cruel azote, sino por la eleccion de un nuevo rey. Quauhtemotzin jóven de veinte y cinco años lleno de talento y valor, fué escojido para suceder á su tio. Mucho menos versado que aquel en asuntos de guerra, creyó continuar sus disposiciones militares, y adaptar su policía por norma de su conducta. La providencia, empero le preparaba la mas acerba prueba. Debia ser testigo de la dilatada agonia de su pais, y cerrar la lista de sus reyes.

Despues de haber Cortés pasado revista á toda su jente, y publicado diversos reglamentos para asegurar el respeto á las personas y á las propiedades, avanzó hácia las tierras de los Mejicanos, y entró en Texcuco el último dia del año. Algunos nobles que salieron á recibirle lo acompañaron al palacio real, en el que todos los Españoles pudieron alojarse. El rey que se habia escondido, se fugó por la noche hácia Méjico, seguido de un gran número de sus súbditos, con harto sentimiento del jeneral que hubiera querido servirse de él como de un instrumento útil: mas bien pronto halló la ocasion de reemplazarle, de un modo mucho mas conveniente á sus designios.

Cuando los Españoles entraron en Texcuco la primera vez, un príncipe jóven llamado Ixtlilxochitl se declaró por ellos; y aun le ofreció el ejército que mandaba. A pesar de esta buena voluntad lo cojieron y detuvieron en Méjico durante su permanencia en él. conduciéndolo despues á Tlascala al efectuar la retirada. Contaba muchos partidarios entre los jefes de su pais: Cortés que lo notó, le hizo venir en dilijencia y lo presentó á la nobleza. Su elevacion al trono no fué repugnada, y este príncipe que habia vivido tanto tiempo con los Españoles, familiarizándose con sus costumbres, sus usos y su lengua, se mostró adicto á sus intereses; consiguió conciliar el afecto de las grandes familias de su reino, y les hizo importantes servicios durante el sitio de Méjico. Tomada y destruida esta ciudad les proporcionó un gran número de arquitectos y albañiles para su reedificacion. Cortés elijió á Texcuco para su cuartel jeneral.

Esta segunda ciudad del Anahuac era grande y fuerte con muchísimas habitaciones espaciosas y cómodas. El pueblo era amable, y mucho mas civilizado que ningun otro de aquellos contornos: su proximidad al lago le presentaban como punto muy importante para la construccion de la escuadrilla, y para vijilar al mismo tiempo los movimientos del enemigo sin tener nada que temer de sus ataques.

Mientras en Tlascala se trabajaba para reunir y preparar todas las maderas de construccion; Cortés cuya actividad no tenia treguas, se ocupaba en someter el pais que rodeaba el lago, reduciendo Méjico á sus propias fuerzas. Se le veia, ya en persona, ya por sus subalternos atacar algunas villas importantes del litoral, y hacer tratados con varios estados chicos, en lo antiguo independientes que soportaban con impaciencia el pesado yugo de los Aztecas. Pasados tres meses de este modo, supo el jeneral que los materiales de la flotilla estaban dispuestos. No perdió un momento en hacerlos conducir. Sandoval que de dia en dia crecia en su confianza, y en la estimacion del ejército, fué encargado de la espinosa mision de dirijir el trasporte y escoltarlo. Doscientos soldados y quince caballos le acompañaban. Algunas partidas enemigas sostenian la campaña por el lado de Tlascala. Era necesario espantarlos y castigar á los habitantes del distrito de Zaltepec, que habian sorprendido y asesinado cuarenta Españoles y trescientos Tlascaleños, yendo de Vera-Cruz á Méjico. Sandoval empezó con esta ejecucion, que fué tanto mas rigurosa, cuanto que al entrar en la cabeza de partido de este canton, vieron todavía los Españoles en el templo los ídolos empañados de la sangre de sus compañeros. Vieron asimismo la piel de dos figuras humanas suspendida en el altar, y la de cuatro caballos pegadas en las paredes, y en estas mismas paredes leyeron la melancólica siguiente inscripcion: «Aqui Juan Zuste y sus desgraciados camaradas han estado encerrados. Debe suponerse que tal espectáculo, no permitió al jeneral contener la cólera de los soldados. No pudo salvar mas que las mujeres y los niños que les pedian misericordia.

Hecha esta justicia militar, Sandoval entró en Tlascala. Todo estaba allí dispuesto para la marcha. Ocho mil Indios llevaban las maderas cuadradas y desbastadas, las entenas, el cordaje, los cables, las velas, las anclas: en fin toda la flotilla en piezas separadas, las municiones y los víveres. Sandoval dispuso el convoy, y trazó el órden de marcha, con una prudencia y cordura admirable en un jóven de veinte y tres años. Tenia á su disposicion treinta mil Tlascaleños, mandados por uno de los jefes de la república. El convoy, precedido de una fuerte vanguardia, flanqueado de numerosos destacamentos, con sus correspondientes descubridores, caminaba lentamente, por un pais escabrosísimo que no tenia ningun camino abierto. Se estendia por una lonjitud de seis millas. Algunas cortas partidas se dejaron ver á lo lejos, pero ninguna osó atacarle. Entró en Texcuco con el mismo buen órden que habia salido de Tlascala á las aclamaciones de los Españoles é Indios mucho mas sorprendidos que aquellos. Cortés habia salido á recibir á Sandoval para hacerle este honor. Abrazó á todos los principales jefes de las tropas aliadas, y les dió gracias por su fidelidad. En estos momentos el grito de «*Castilla* y *Tlascala* para siempre» se oyó de todas las filas Españolas é Indianas con-

fundiéndose largo espacio con el estampido del cañon y los instrumentos de guerra.

Cortés volvió á emprender el curso de sus ataques contra los pueblos mejicanos del litoral. En esta corta y brillante espedicion en que treinta mil Tlascaleños marchaban con él; Xaltocan que se elevaba en medio de las aguas fué teatro de una lucha sangrienta. La entrada de Tlacopan fué disputada por el enemigo con un coraje digno de mejor suerte. Los Españoles esperimentaron allí una pérdida de jente á que no estaban acostumbrados. La grande y populosa ciudad de Quauhnahuac defendida por una fuerte guarnicion, y por un torrente profundo que le servia de foso, fué tomada, gracias á la atrevida destreza de algunos castellanos, que aprovechándose de dos árboles colocados en ambos lados del torrente, cuyas cimas inclinadas, formaban como un puente natural, franquearon el foso, y penetraron en la plaza. Xochimilco, á orillas del lago de Chalco, célebre por sus islas flotantes, y sus jardines de flores, hizo palidecer por un momento la fortuna de Cortés. Allí, mas de veinte mil hombres conducidos en diez mil canoas llegaron durante algunos dias á renovar el combate. En esta lucha encarnizada le mataron el caballo á Cortés, cojieron cuatro Españoles y como estos iba tambien á caer en manos del enemigo, cuando le salvó oportunamente una coluna de Tlascaleños. Todos los historiadores de esta grande guerra atestiguan que Cortés esponia su persona como la de un soldado, á pesar de que no ignoraba que se habia prometido una fuerte recompensa á quien lo cojiese vivo. Esta bravura fué la única cosa que jamás pudo sujetar.

Al mismo tiempo que su intrépido jenio preparaba la destruccion de Méjico, se conspiraba contra él en el mismo campo. No era necesario buscar los culpables entre sus antiguos y fieles compañeros. Se hallaban estos entre los restos de la tropa de Narvaez. Uno de ellos llamado Antonio Villafana estaba á la cabeza de la conspiracion. En su alojamiento se reunian los conjurados, cuya lista tenia. Se trataba de asesinar á Cortés, Sandoval, Olid, Alvarado, Bernal Diaz etc. etc. etc., y de tomar en seguida la vuelta de Cuba. La víspera del dia designado para la ejecucion de este infernal proyecto, uno de los cómplices de Villafana se apersonó secretamente con el jeneral y le descubrió todo el complot. Cortés sin perder un solo minuto llamó á los que como él estaban designados para el asesinato Puesto á su cabeza fué á casa Villafana, lo hizo prender, le arrancó la confesion de su crímen y la lista de los cómplices; vió en ella con sentimiento algunos nombres de sujetos que los creia adictos á su persona por agradecimiento; pero encerrando en su pecho tan triste descubrimiento, no quiso que su ejército, ni sus aliados supiesen que existian tantos traidores á su rededor. Anunció en alta voz que Villafana era el único culpable, y seria el solo castigado. Juzgado en aquella misma noche fué ahorcado al dia siguiente en la puerta de su propia casa. Cortés, dice Robertson, sacó de este lance la ventaja de conocer á sus verdaderos enemigos entre los Españoles, y de poder vijilar sus pasos; mientras ellos, persuadidos que la ramificacion de la conspiracion le era desconocida, se esforzaban en separar toda sospecha, redoblando su celo y actividad por su servicio. En fin, creyó no deber dejar á nadie tiempo para reflexionar en la inaccion sobre semejante acontecimiento, y se apresuró á llamar todos los intereses y todas las atenciones sobre la grandiosa empresa del sitio de Méjico.

Ocho mil obreros del reino de Alcohuacan habian estado ocupados durante cincuenta dias en construir un canal de doce piés de profundidad, y dos millas de lonjitud, para conducir los bergantines desde Texcuco al lago. Terminado este trabajo, se dispuso Cortés á echar su flotilla al agua en presencia de todo el ejército. El 28 de abril de 1521 Españoles é Indios se formaron en batalla. Se celebró una misa solemne, y

todos los castellanos comulgaron. Despues el P. Olmedo en hábitos sacerdotales se adelantó hácia los bergantines, les bendijo; y puso nombre á cada uno de ellos á su entrada en el canal. Ya dentro el lago la flotilla se puso á la vela. Todos los ojos fijos en ella la contemplaban como el instrumento de una victoria próxima. Cantóse un *tedeum* al estrépito del cañon, y seguido de repetidas aclamaciones dirijidas á Cortés, ya vencedor de tantos obstáculos. El jeneral entónces revistó sus tropas y municiones de guerra. Gracias á los refuerzos recibidos, se veia entónces á la cabeza de ochenta y seis caballos y ochocientos infantes Españoles; el número de sus aliados podia elevarse á cien mil Indios. Poseia tres piezas grandes de sitio, de hierro, y quince pequeñas de campaña de bronce: no le faltaban balas de cañon ni de fusil, y su provision de pólvora no escedia mucho de un millar de libras.

Tales eran sus fuerzas y sus medios contra la poderosa Méjico, en la que cerca de doscientos mil habitantes guerreros, viejos, mujeres y niños, se hallaban encerrados, bien resueltos á sepultarse en sus ruinas. El sitio de esta famosa capital es el mas importante suceso de la historia del Nuevo-Mundo desde la época de su descubrimiento: patentiza mas que cualquier hecho militar, el colmo de la enérjica desesperacion de los Aztecas, defendiendo con armas desiguales y palmo á palmo sus hogares domésticos. Tambien nos muestra sin ejemplo la grande discrecion de Cortés para llegar á reunir al rededor de su bandera, tantas poblaciones de intereses tan distintos, de costumbres tan diferentes, sirviéndose con arte de las familias Americanas para derribar el último baluarte de su independencia, y con medio imperio mejicano, sujetar al otro medio á la coyunda.

Antes de emprender este grande ataque, el jeneral español, renovó en Texcuco las órdenes que habia ya publicado en Tlascala para el sosten del órden y la disciplina. Es un documento curioso para el porvenir; honra el carácter de Cortés, y atestigua su humanidad y su espíritu de justicia. Dice en él á sus soldados españoles y aliados. «Ninguno de vosotros blasfemará del nombre de Dios ni de la Vírjen María. Nadie armará pendencias con sus compañeros, ni pondrá mano á su espada para ofenderles. Ninguno hará violencia á mujeres, bajo pena de la vida. Nadie quitará la propiedad á su prójimo. Nadie castigará á Indio alguno á menos que sea su esclavo. Nadie se entregará al pillaje de casa particular á menos que el jeneral lo disponga. Ningun Español tratará mal á los aliados Americanos, antes al contrario, hará cuanto posible sea para mantenerse con ellos en buena armonía.»

El sitio de Méjico no se parecia á ninguno de los de plazas fuertes de Europa al principio del siglo diez y seis. La táctica europea, no era tampoco allí aplicable. Sin murallas altas ni gruesas, sin aspilleras, sin torres almenadas, sin fortalezas, sin puentes levadizos; era Méjico una ciudad abierta; una ciudad cortada por canales; bañada por las aguas de un lago, sin estar unida á la tierra Firme, sino por tres largas calzadas. Así que, sus medios propios de defensa eran su posicion casi insular; en las azoteas ó terrados de las casas, en sus fosos profundos; en sus barricadas, y mas que todo, en una inmensa y fanática poblacion. Ya la hemos visto en una triste y sangrienta noche, emplear con buena suerte todos los recursos de la naturaleza de su territorio. Fiel á la misma táctica, se limitó, en esta circunstancia decisiva á estenderla en mayor escala.

Dividió Cortés su ejército de Españoles y aliados en tres cuerpos casi iguales. Confió su mando á sus segundos mas acreditados Alvarado, Olid y Sandoval; hizo ocupar por cada una de estas divisiones, una de las tres grandes poblaciones situadas á la cabeza de las tres calzadas, las avenidas de la capital. Tomados estos tres puntos con vigor, se vieron los sitiados atacados en la plaza, y separados de la tierra firme. Otra operacion preliminar les fué todavía

mas fatal. El jeneral español hizo romper los acueductos que conducian á Méjico la única agua dulce de que hacian uso; empresa atrevida que los sitiados no pudieron impedir, y cuyo accidente fué como el preludio de las calamidades que iban á caer sobre ellos.

El 30 de mayo, dia de *Corpus Cristi*, Cortés que se habia reservado el mando de los bergantines, y de las tropas que los montaban, sabedor de la llegada de los diferentes cuerpos á los puntos que estaban encargados de ocupar, empezó el ataque por el costado del lago. Su flotilla se puso en línea, pero apenas el enemigo lo habia percibido, cuando millares de canoas salieron á su encuentro, y confiando en su número, maniobraron para cercarlo, cortarle la retirada y abordarlo. Una sosegada calma les favorecia. La posicion de Cortés que parecia encadenada sobre el lago, en medio de enemigos cien veces mas numerosos que sus fuerzas, se hacia cada momento mas crítico, cuando levantándose de pronto una fuerte brisa, permitió á los Españoles desplegar sus velas, y pasar por cima de las débiles embarcaciones que tenian á su frente. La mayor parte de las canoas mejicanas fueron á fondo, el resto tomó la fuga perseguido por los Españoles, que hicieron en esta jornada una terrible carnicería en sus desdichados adversarios. Desde este momento la posesion del lago no volvió á serles disputada. Quedaron dueños de acudir á todos los puntos, de interceptar las comunicaciones de la ciudad sitiada, y de secundar los ataques de las tropas de tierra. Renováronse estos durante un mes parcialmente contra la ciudad con diferentes escaramuzas. De dia los Españoles penetraban dentro el recinto despues de una encarnizada lucha: se apoderaban de los puentes, rellenaban los fosos, quemaban las casas y mataban un gran número de enemigos. Por la noche los Mejicanos volvian á la carga obligando á los sitiadores á retirarse, levantaban nuevas trincheras, y cavaban nuevos fosos. Aunque un barrio de la ciudad estuviese reducido á cenizas, no habian podido conseguir los Españoles establecerse en ningun punto. Fatigado el ejército de estas tentativas infructuosas, de estas matanzas sin resultado, deseaba concluir por un golpe de mano. Cortés convocó su consejo; en él se agotó la cuestion sobre si convendria continuar el sistema de los ataques parciales, yendo paso á paso, y destruyendo á medida que se ocupaba, ó si las tres divisiones y la flotilla deberian avanzar simultaneamente, tomando el centro de la ciudad, la gran plaza del mercado, por punto de reunion de todos los esfuerzos combinados. El primer plan tenia el asentimiento de algunos militares antiguos, cuya prudencia no iba en zaga de su valor, pero Cortés que queria en lo posible conservar á Méjico intacto, destinándolo como capital de aquella parte de América, opinaba por un asalto jeneral; esta opinion, apoyada por todos los oficiales jóvenes, prevaleció.

Por la mañana oyeron todos misa y encomendaron su alma á Dios. En seguida marcharon las tres divisiones contra el enemigo, que por todas partes los aguardaba. La coluna mandada por Cortés principió haciendo maravillas. Nada le resistia; tan pronto los mejicanos se detenian para pelear, como emprendian la fuga cual hombres que fian su salvacion á la lijereza de sus piés, y eran tan naturales en esta maniobra, que parecian correr tras de una victoria. Cortés y los suyos los perseguian sin misericordia, y no se curaban de rellenar los fosos á medida que avanzaban. Habiendo pasado el puente mas estrecho y mas fangoso de la calzada, la escena cambió de repente: los Mejicanos se detuvieron, y presentaron un continente marcial, mientras sus canoas cargadas de hombres, escondidos en las palizadas avanzaban á fuerza de remos, coronando en un instante los dos lados del camino cubriéndolo con sus flechas, y atacando cuerpo á cuerpo á los Españoles por los flancos. Bien pronto, agoviados por el número y derribados á los fosos, se difundió el desórden mas completo en las filas de Cortés. Fué este cojido por los jefes mejicanos, los cuales, ansiosos de hacerlo prisionero lo conducian preservándolo de toda herida, como víctima que querian ofrecer viva á su dios. Librado por el valor de tres de sus soldados que se sacrificaron por él, pudo evadirse, mientras que su fiel mayordomo Cristóbal de Guzman que le cedió su propio caballo, cayó vivo en poder de los Mejicanos, y fué á morir bajo el cuchillo del gran sacerdote.

No tuvo mejor suerte la division de Alvarado. Queriendo el enemigo manifestarle la ventaja que acababa de obtener, arrojó á sus filas las cabezas ensangrentadas de algunos Españoles, gritándoles que igual suerte les aguardaba. A esta vista los Indios aliados emprendieron la fuga; los castellanos abandonados á sí mismos se vieron cojidos cuerpo á cuerpo y obligados á una retirada precipitada. Mientras el enemigo nos perseguia, dice Bernal Diaz, oíamos el ruido de los timbales y el destemplado y terrible son de la trompeta, que desde lo alto del templo del Dios de la guerra, llamaba á todos los Mejicanos á las armas. Esta lúgubre y estrepitosa música, que solo puede compararse á la del infierno, se oia á tres leguas de distancia, anunciando tambien que en aquel momento iban á ser sacrificados nuestros desgraciados camaradas prisioneros. Habiendo hecho alto les vimos conducir sobre la plata-forma del templo, con la cabeza llena de plumas, y forzados á bailar delante del horrible ídolo, antes de ser degollados sobre la piedra. Esta vista nos heló de espanto. Pero como en aquellos momentos teníamos que defender nuestras propias vidas, pues el enemigo nos acosaba con un furor tal que no puede describirse, solo á la proteccion divina debimos nuestra llegada á los cuarteles. La division Sandoval no esperimentó menos resistencia. Sus pérdidas fueron tambien grandes, pero menores que las otras dos. Luego que hubo tomado sus antiguas posiciones para su seguridad, Sandoval montó á caballo y fué á ver á Cortés. « Hijo mio, le dijo el jeneral con las lágrimas en los ojos; mis pecados son la causa de mi desgracia; pero la falta ha estado en el tesorero Alderete, que ha descuidado la ejecucion de llenar los fosos á medida que íbamos avanzando. Esto oido por Alderete, esclamó, protestando que jamás Cortés le habia dado semejante órden, acusándolo á su vez de su imprudencia por haber avanzado sin asegurar antes la retirada. Estas acusaciones no pasaron adelante; la política las condenó al silencio, pero Cortés no fué menos censurado de todo el ejército. Esta derrota en la que sesenta Españoles fueron muertos ó prisioneros y mil aliados quedaron en el campo de batalla, en que se perdieron algunos caballos, canoas, armas y un cañon, alentó el espíritu de los Mejicanos, y desmoralizó las tropas de Cortés, y en particular á sus aliados (1). Di-

(1) He aquí como se espresa el Indiano Ixtlilxochitl en la relacion de la conquista hablando de esta jornada. Damos esta version, menos por el hecho principal que por ciertos detalles que prueban hasta la evidencia la parte activa que los aliados de Cortés tomaron en esta guerra. « Llegado el dia dividió Cortés su ejército en tres cuerpos. El de Alderete el Tesorero se componia de 60. Españoles, 8 caballos y 20.000 Alcolhues. Estaba encargado de derribar las casas y cegar los fosos. Alvarado tenía á sus órdenes 80. Españoles, 12.000 aliados, y una bateria de 2 piezas. Cortés con 100. Españoles, y 8000 Indios mandados por Ixtlilxochitl debia abanzar por el camino principal. La ventaja fué grande al principio: se mataron muchos Mejicanos, se apoderaron de muchos barrios hasta la gran Plaza, á nadie se daba cuartel, si bien creyeron que en aquel dia seria tomado Méjico. El cuerpo ó division del Tesorero avansó hasta Tlatelolco, pero cometió la falta de abandonar un puente sin haber antes rellenado el canal ó foso. Cortés atravesó este mal paso mientras los Indios de Ixtlilxoctitl cubrian su marcha, pero bien pronto cambiò la suerte. El Tesorero cayó en una emboscada en la que una gran porcion de los suyos hallaron la muerte. Le cojieron el estandarte real y 40 Españoles. Esta derrota determinó á Cortés á emprender la tetirada, viendose obligado á pasar el canal á nado. En este momento un jefe Mejicano que lo habia alcanzado se preparaba á cortarle la cabeza: pero Ixtliixochitl se interpuso, y con su buena espada dividió en dos al Mejicano. Este hecho de armas fué falsamente atribuido á un Español, y así se vé representado en un bajo relieve de la puerta de la iglesia de san Jaime de Tlatelolco. Cuando hacia este buen servicio á Cortés, el príncipe de Texcuco recibió una pedra-

vulgóse la noticia en toda aquella parte del Anahuac mas próxima á Méjico, por emisarios de Quauhtemotzin portadores de varias cabezas de Españoles como testimonios de la victoria, anunciando que los dioses satisfechos con la sangre de los prisioneros inmolados, habian prometido que á los ocho dias, todos los Españoles serian esterminados. Esta profecía halló creyentes entre los supersticiosos Indios. Los que se habian manifestado neutrales se prepararon á combatir por Méjico. Algunos Tlascalenos desertaron, pero su mayor parte, y los jefes permanecieron fieles, y el príncipe de Texcuco, quedó el amigo mas decidido de los desgraciados Españoles: lo mismo sucedió con los Otomias, quienes atacados por los habitantes de Malinaco pidieron auxilio á Cortés, y á pesar de su crítica situacion no les faltó: uno de sus capitanes con doscientos hombres de infantería pasó á castigar á los montañeses. Sus vecinos los Matlalzincas del valle de Tolocan fueron derrotados por Sandoval á la cabeza de un centenar de Españoles y de algunos millares de Indios. Estas naciones vencidas pidieron la paz, y ofrecieron unirse á Cortés, el cual aceptó sus servicios. No emprendió sin embargo la ofensiva, sino despues de haber dejado trascurrir el tiempo profetizado por los oráculos mejicanos para la destruccion de su ejército. Esta inaccion política tuvo por resultado el desmentir la impostura de los sacerdotes mejicanos ante los ojos de todos los pueblos del Anahuac, los cuales despues de haber dudado algunos momentos acerca de la fortuna del jeneral, volvieron en tropel á sus banderas. Méjico, ya no contó entónces un solo aliado.

Instruido por la esperiencia, y cediendo á los consejos del jefe de Texcuco, hombre sabio y prudente, Cortés cambió su sistema de ataque. Ya no procedió sino por masas con grande lentitud, quemando ó arruinando las casas, y llenando los fosos á medida que avanzaba. Obligados los Mejicanos á replegarse defendiéndose con ardor, veian cada dia una parte de su ciudad caer en poder del vencedor, que ya no cometia faltas ni aventuraba cosa alguna, no empeñándose tampoco sino con atinada circunspeccion, estableciéndose en seguida en el terreno conquistado de manera á no poder ser de él desalojado. Los Españoles no se contentaban con sus propias armas. Empleaban tambien y se servian de las que los Indios sacaban buen partido, y eran aquellas largas lanzas que les permitian, cerrando las filas, alcanzar al enemigo sin peligro. Batíanse todos los dias, y todos los dias torrentes de sangre mejicana enrojecian la tierra. El hambre, mas terrible todavía que las espadas de los Españoles, hacia esperimentar todos los horrores de los sitiados: morian de ellos á millares, y las enfermedades contajiosas, otra de las calamidades de la guerra, los diezmaba tambien; y sin embargo rechazaban con desprecio las proposiciones de paz que hacia Cortés preceder á todos sus ataques.

Los Españoles, avanzando siempre, penetraron en fin las tres divisiones hasta la grande plaza, centro de la ciudad. El templo del dios de la guerra estaba ya entónces en su poder. Cortés subió á la plataforma de este elevado edificio, y contempló desde su culminante punto la es-

da en la oreja izquierda que casi le rompió la cabeza. cojió un puñado de tierra y la introdujo en la herida, despues se desnudó, y teniendo en una mano el escudo, y en la otra su maza se batió cuerpo á cuerpo con otro jefe Mejicano. Durante esta nueva lucha, una flecha le atravesó el brazo derecho. lo que no le impidió medir todavía sus fuerzas con las de un jeneral enemigo que lo habia desafiado, á quien dejó muerto de un solo golpe. Despues de esta tercera victoria, se reconoció incapaz de resistir mas largo tiempo al dolor que le causaba la flecha clavada en el brazo, y haciendo un grande esfuerzo de valor se la arrancó. Sus soldados le curaron la herida aplicandole ciertos medicamentos que lo restablecieron en poco tiempo. Fué enseguida á unirse á Cortés y ambos vigorosamente perseguidos por el enemigo, apenas tubieron lugar de ganar su campo. «¿No parece esta relacion una pájina de los antiguos romances caballerescos, ó alguna historia de los héroes scandinavos de la edad media?»

Este relato de Ixtlilxochitl dá sobre la conquista de Méjico, detalles que no se encuentran ni en las cartas de Cortés, ni en Gomaras, ni en Clavijero. No hablo de Solis por no tener otro valor que de un panejirista elegante.

tension de su conquista y los progresos del sitio. Vió que de ocho cuarteles en que se dividia la ciudad solo faltaba uno que tomar. Incendió en seguida el templo de los falsos dioses, é hizo nuevas intimaciones á los sitiados quienes por toda respuesta le contestaron que habian jurado morir todos. Ya no faltaba, pues, mas que poner en ejecucion el terrible decreto de la Providencia, contra unos hombres que nada bastaba á humillarlos, que rechazaban como un ultraje la clemencia del vencedor, y llevaban el delirio y la barbarie hasta sacrificar á sus dioses los Indios enviados como embajadores para tratar de la paz (1).

Dióse la órden para atacar todos los puntos sobre los canales, en los lagos, en las calles y en las murallas. En pocas horas fueron muertos ó prisioneros cuarenta mil hombres; quince mil desgraciados que se presentaban para entregarse fueron desapiadamente degollados. Partian los corazones los gritos penetrantes de estas pobres víctimas. Los Tlascaleños y las demás naciones enemigas de los Aztecas vengaban en ellos dos siglos de ultrajes. En vano Cortés y sus Españoles, el jefe de Texcuco y sus soldados, procuraron detener tal carnicería, ella no cesó hasta entrada la noche. Dejaron para el dia siguiente la ocupacion del resto de la plaza, y en la última escena de este drama, los Mejicanos tristes y abatidos se veian en las azoteas y terrados de las casas esperando la muerte. Los viejos, los niños y las mujeres lloraban. Algunos nobles guerreros se defendian aun desde las plataformas de los palacios y los altos pisos, desde los cuales se precipitaban al lago antes que rendirse; otros, huyendo de la muerte, se habian reunido al rey, cuya real persona se hallaba rodeada de su familia, y de algunos oficiales de su corte. Determináronle á emprender la fuga en canoas reservadas en una pequeña cala del lago del lado de Tlatelolco. Para disimular una huida tan difícil, intentaron distraer á Cortés por un simulacro de negociaciones; pero era demasiado grosera semejante estratajema para engañar el ojo avisor del antiguo guerrero. Previendo este el movimiento, habia ordenado á Sandoval, que mandaba los bergantines, bloquease aquel pequeño embarcadero, sin permitir saliese canoa alguna; pero á pesar de la vijilancia de aquel, algunos lijeros barcos habian conseguido evadirse; mas como Sandoval los apercibiese, escurriéndose rápidamente sobre las aguas del lago, procurando ganar tierra á la parte opuesta, los hizo perseguir por García Holguin, uno de sus capitanes, siendo tal la actividad de este último, que en menos de una hora se acercó á tiro de fusil de los barquichuelos enemigos. Un prisionero mejicano le señaló la canoa real, que al instante fué estrechada y envuelta. Detuviéronse entónces los remeros, y el rey que ya habia embrazado su escudo, y puesto mano á su lanza para batirse, al ver que los Españoles le apuntaban, dió órden á los suyos de no oponer resistencia. Holguin saltó al barco con espada en mano, y al momento salió á su encuentro un jóven de aventajada estatura y aire noble, que le dijo con dignidad: «Soy Quauhtemotzin, soberano del Anahuac: la suerte me ha sido ingrata, á ti me rindo: no insultes á la reina ni á mis hijos, ni derrames la sangre de mis súbditos, puesto que ya nada puedes temer de ellos.» El ilustre prisionero con su familia y comitiva presentado á Cortés no demostró, ni la ferocidad sombría de un bárbaro, ni el abatimiento de un cobarde. El Español por su parte le recibió con todas las atenciones debidas á su alto, aunque desgraciado rango: «Jeneral, le dijo el monarca mejicano: he hecho por mi defensa y la de mis vasallos cuanto me prescribia el honor de mi corona y el deber de rey: mis dioses me han sido contrarios, soy tu prisione-

(1) Entre estos últimos habia un tio de Ixtlilxochitl al servicio de los Mejicanos que habian cojido en los últimos combates. Cortés le encargó fuese á tratar la paz. El desgraciado lo reusó al principio, pero al fin fué allá á instancias de su sobrino. Los guardias lo dejaron penetrar hasta llegar al Rey pero apenas espuso el objeto de su mision, fué preso é inmolado en grande ceremonia.

ro, haz de mí lo que quieras; » y poniendo en aquel mismo instante la mano sobre el puñal de Cortés, añadió: « Hiéreme; toma una vida que siento no haber podido perder defendiendo mis estados.»

Obedeciendo las órdenes de su rey, desde aquel momento cesaron los Mejicanos de batirse. Salieron de la ciudad sin armas ni bagajes, y fué maravilloso ver el inmenso número de habitantes que se encerraban todavía en la capital, despues de un sitio tan largo y mortífero. Cubrieron durante tres dias los caminos inmediatos, diseminándose en seguida por todos los puntos del imperio, hasta las poblaciones mas lejanas, y que como ellos, tenian las mismas costumbres, relijion y hábitos. Sin embargo, algunos miles de aquellos desgraciados fueron detenidos por los vencedores y se los repartieron como esclavos. Cortés hizo marcar un gran número de ellos con un hierro ardiendo, los cuales conservó para desembarazar la ciudad de los escombros y reedificarla en seguida. Bernal Diaz compara en aquella época el estado de Méjico, al de Jerusalen despues del sitio. Apenas habia en pié una décima parte de la ciudad: el resto solo presentaba un dilatado monton de ruinas cubiertas de cadáveres, un vasto cementerio, cuyo hedor insoportable alejaba vencedores y vencidos. Perecieron durante los setenta y cinco dias de sitio, (las pinturas mejicanas dicen ochenta), cien Españoles muertos sobre el campo de batalla, ó sacrificados en el gran templo: muchos millares de auxiliares, y segun Bernal Diaz, de acuerdo en esta parte con las relaciones de los indíjenas, ciento cincuenta mil Mejicanos ó Aztecas, cuya tercera parte murió de hambre y enfermedades.

Huyendo del horrible aspecto de su conquista, y el aire apestado que se respiraba en aquel recinto; Cortés, despues de haber dejado algunos castellanos para cuidar de la policía de tanto cúmulo de ruinas, pasó á establecerse á Cuyoacan ó Coyohuacan, linda ciudad al estremo de la calzada, á legua y media de Méjico. Allí reunió todos sus aliados, y les distribuyó el botin hecho en Méjico, reservándose el oro y la plata. Los Indios nobles recibieron las piedras preciosas, las plumas de ricos colores, las telas y los muebles de valor: los soldados, las capas, las armas y varios objetos de adorno. Cortés colmó de beneficios á todas estas naciones americanas, garantizó su libertad, prometióles tierras, y los licenció, dejándoles, empero, la eleccion de establecerse en la nueva capital. Las poblaciones vecinas á los lagos, aztecas ó alcolhues, quedaron á su disposicion; las empleó en las campañas sucesivas, y le fueron muy útiles para contribuir á la entera sumision del Anahuac. Al regresar á su pais los de Tlascala saquearon la hermosa ciudad de Texcuco, y destruyeron una parte de sus edificios. Al parecer la política de Cortés no fué indiferente á esta barbarie. Era Texcuco la segunda poblacion del imperio, y la antigua capital de un reino enemigo de los Aztecas de tiempo inmemorial. Ninguna huella de la anterior magnificencia del pais, debia recordar á los indíjenas la independencia que iban á perder para siempre, mediante á que al viejo Anahuac sin escepcion estaba reservada la suerte de Méjico.

En celebridad de la toma de esta última ciudad, fué Cuyoacan designada para las fiestas civiles y relijiosas. Dió Cortés una gran comida á todo su ejército, y como algunos soldados no habian hallado lugar ó asiento en las mesas que se habian aderezado hubo allí confusion y orjía á la vez. Bernal Diaz hace un cuadro muy mordaz de aquellos regocijos, en los que no faltaron escándalos. Despues de comer, soldados y oficiales se pusieron á bailar, vestidos con sus armaduras, con las Mejicanas casi desnudas. Los reverendos padres franciscanos se formalizaron, y Cortés les rogó cantasen una misa con música y predicasen algunos sermones sobre la moral, despues de los cuales se llevó en procesion la imájen de la Vírjen. Todo el ejército asistió á esta ceremonia con grande recojimiento y devocion, predicó el

padre Bartolomé, y despues al son de los timbales y trompetas, y al estruendo del cañon, se dieron gracias á Dios por la victoria.

Nuevos cuidados ocuparon luego á los vencedores. Creyendo que debajo las ruinas de Méjico habria escondidos muchos tesoros, se pusieron á rejistrarlas, pero no encontraron mas que cadáveres. El valor del oro y alhajas en el saqueo de aquella grandiosa ciudad, no pasó de 350,000 escudos, suma muy inferior á la que se habian repartido la víspera de la *triste noche* de su primera retirada. La murmuracian se hizo entónces jeneral, y el tesorero Alderete, hablando en nombre de Cárlos Quinto, y reclamando activas investigaciones, se pronunció el mas irritado. Tomáronle los descontentos por su intérprete, sosteniendo que Cortés se entendia con Quauhtemotzin, y Cortés para evitar las consecuencias de tamaña acusacion, se hizo culpable de un crímen. Permitió que uno de los oficiales del desgraciado príncipe sufriese el tormento; el cual consintió en quemarle los piés á fuego lento despues de habérselos frotado con aceite. El dolor no le arrancó ninguna confesion, y sus verdugos avergonzados lo abandonaron. Díjose que el tesoro real habia sido arrojado al lago, algunos dias antes del sitio, pero en vano lo buscaron, renovándose en consecuencia las murmuraciones (1). Cortés, para distraer la atencion de su jente, y ocuparlos en algo, hizo salir algunos destacamentos de Españoles acompañados de Indios de Texcuco con el encargo de esplorar el pais, examinar las diferentes líneas de comunicacion, y de inquirir sobre todo, los sitios de minas de oro y plata. En seguida volvió la vista hácia el Méjico de Motezuma convertido en ruinas, *en donde no habia dos piedras unidas*, y estuvo indeciso sobre si la reconstruccion de esta gran ciudad tendria ó no lugar en el mismo sitio que antes ocupaba. Determinóse á ello despues de un maduro exámen, y la opinion de su consejo, porque, dice en sus cartas, la ciudad de *Temixtitan* se habia hecho célebre; su posision era maravillosa, y todo el Anahuac la consideraba, desde muchos siglos, como su primera capital, y única cabeza del imperio mejicano. Debia pues ser colocada al este de Texcuco, ó sobre las alturas al abrigo de las inundaciones. Allí quiso Felipe III trasportarla por su real órden de 1607, cuando el Nuevo-Méjico era ya una grande y hermosa ciudad, cuyas casas construidas ascendian al valor de 105 millones de pesetas. Parecia ignorarse en Madrid, que la capital de un grande estado, edificada despues de ochenta y tantos años, no es un campo volante que se cambia á voluntad.

La ciudad de Cortés, empezada en 1524, se construyó con rapidez sobre las ruinas del antiguo Tenochtitlan, pero mas regular, y menos estensa. La mayor parte de los canales se cegaron; trazáronse calles anchas, y adoptáronse todas las medidas capaces de contener el ímpetu de las aguas, y que pudiesen facilitar algun dia la reunion de la ciudad con la tierra firme. Aquel primitivo plan se ha ido continuando, aunque la mayor parte de los edificios públicos y particulares, entónces construidos precipitadamente, hayan sido sucesivamente reemplazados, por otros mas sólidos, elegantes y regulares. Cortés se sirvió de los Indios para aquella reconstruccion, del mismo modo que los habia empleado para destruir. Dió á los principales señores mejicanos, al hijo de Motezuma, y al jeneral en jefe de Quauhtemotzin, calles enteras para construir, nombrándolos jefes de

(1) No continuamos en este lugar las relaciones españolas, sino la del Indio Ixtlilxochitl, el cual no hace mencion del suplicio de Quauhtemotzin. Habla solo de un oficial del rey á quien se le quemaron los pies por orden de Cortés, pero sin resultado. Otros Mejicanos declararon que los tesoros de la Corona se habian arrojado al canal que servia de desagüe al lago, en donde era imposible hallarlos. Si se ha de dar crédito á esta misma relacion, Cortés no se limitó á aquel solo acto de crueldad; se hizo pagar por muchos nobles mejicanos gruesas cantidades para salvar sus vidas y evitar el tormento. El Jefe de Texcuco aliado de los Españoles fué tambien obligado á rescatar á un hermano suyo que habia servido en el ejército mejicano, é iba á ser ahorcado.